



EL BARCO
DE VAPOR

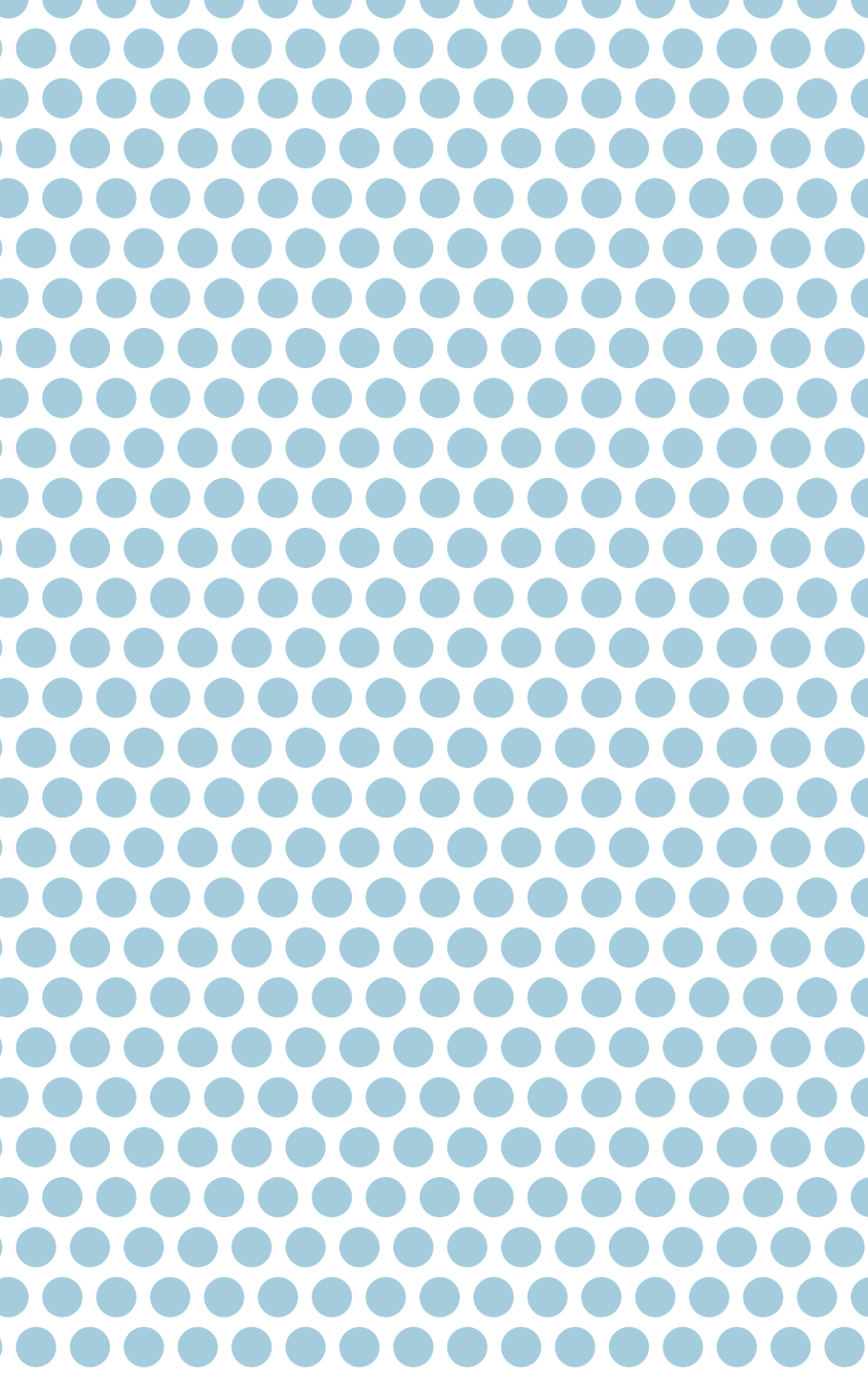
Silena y la caja de secretos

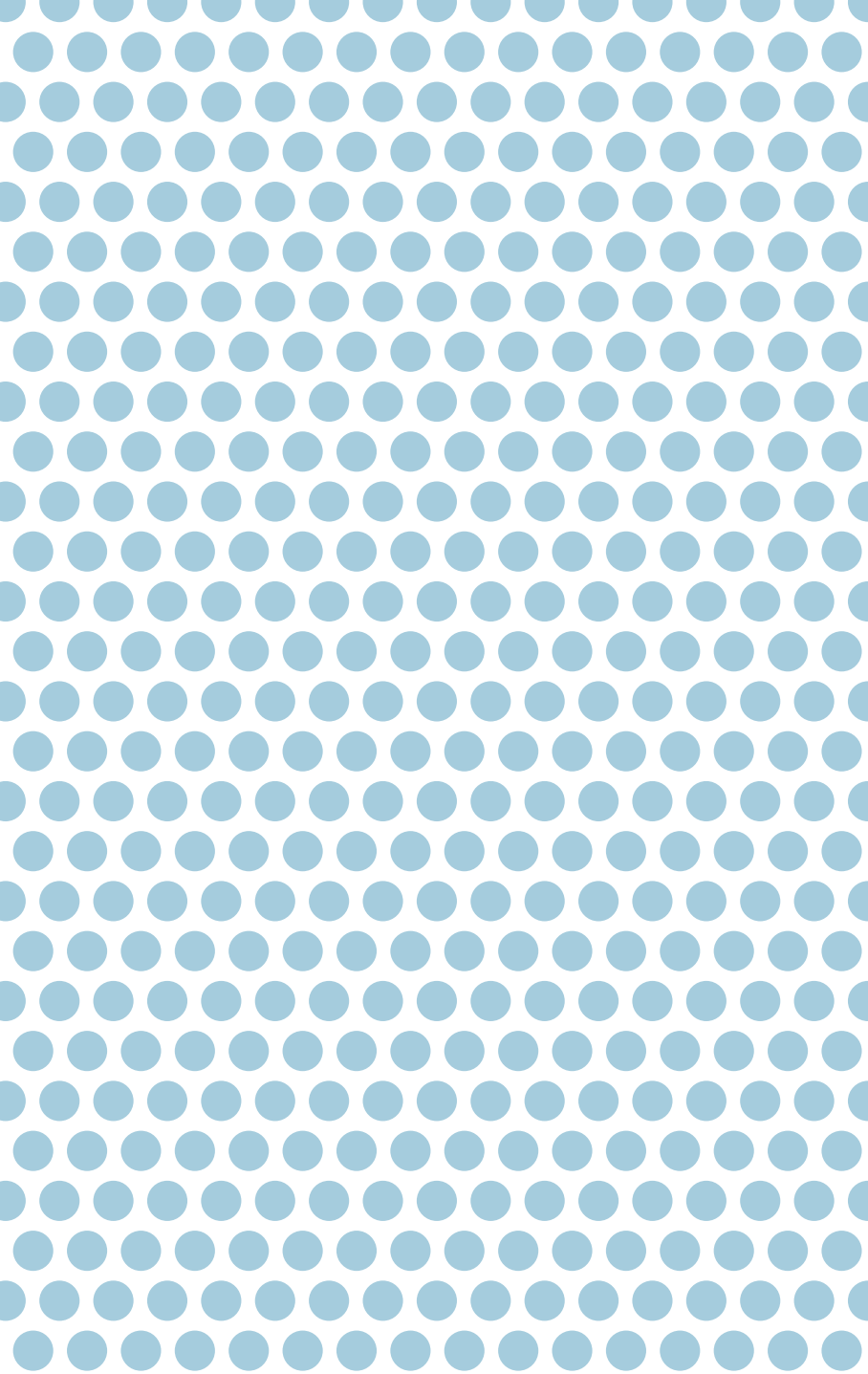
María Baranda



Ilustraciones de
Gabriela Podestá









EL BARCO
DE VAPOR

Silena y la caja de secretos

María Baranda

Premio El Barco de Vapor 2003

Ilustraciones de
Gabriela Podestá



Baranda, María

Silena y la caja de secretos / María Baranda ; ilus, de Gabriela Podestá. – 3ª ed. – México : Ediciones SM, 2016
106 p. : il. ; 19 x 12 cm. – (El barco de vapor. Azul ; 11 M)

ISBN : 978-607-24-2173-8

1. Cuentos mexicanos. 2. Emociones infantiles – Literatura infantil.
I. Podestá, Gabriela, il. II. t. III. Ser.

Dewey 863 B37

Ilustraciones y cubierta: Gabriela Podestá

Primera edición, 2003

Tercera edición, 2016

D. R. © SM de Ediciones, S. A. de C. V., 2003

Magdalena 211, colonia del Valle,

03100, Ciudad de México.

Tel. (55) 1087 8400

Para conocer SM, su fondo editorial y sus servicios: www.ediciones-sm.com.mx

ISBN: 978-607-24-2173-8

ISBN: 978-968-779-176-0 de la colección El Barco de Vapor

Miembro de la Cámara Nacional de la Industria Editorial Mexicana

Registro número 2830

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro, su tratamiento informático, o la transmisión por cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La marca **El Barco de Vapor**® es propiedad de Fundación Santa María.

Prohibida su reproducción total o parcial.

Impreso en México / *Printed in Mexico*

*Para Sofía, porque me regaló la historia,
Jimena, que siempre me está escuchando,
y Emilio, porque se ríe y se ríe y se ríe.*



● HELADO CON CHOCHITOS DE COLORES

QUIERO tener un secreto. No cualquier secreto, de esos que todo el mundo tiene. No. El mío debe ser diferente. Y mío.

Uno que mi hermana menor, Lilú, no me pueda copiar, como le hace con todo. O casi.

Un día me oyó decirle a *Chueca*, nuestra perra, que yo quería tener un secreto y se fue corriendo derecho hasta el cuarto a dibujar en su cuaderno.

—¿Qué haces? –le pregunté.

—Dibujad un secreto –me contestó con ese sonsonete de bebé que todavía usa.

—Los secretos NO se dibujan –le dije muy firme.

—Clado que zí. Y zon de colodez.

—Claro que no, son en blanco y negro...

Y después comenzamos a pelear. Fue horrible. Como siempre.

Por eso quiero un secreto. Uno que sea mío y que mi hermana no lo pueda saber. Para guardarlo y nada más.

Todo empezó un miércoles. Los miércoles me gustan porque para mí son rojos y el rojo es mi color favorito. Era el día de mi cumpleaños. Mi mamá me llevó al parque a andar en bicicleta mientras la pequeña Lilú jalaba un ridículo patito con ruedas. Después fuimos a comprar un helado. Yo pedí uno enorme, de dos bolas, de vainilla con chispas de chocolate cubierto con chochitos de colores, y mi hermana, la gran copiona, también. Sucedió que en el momento en que Lilú le daba la primera chupada, la bola de helado se cayó al suelo y mi hermana rompió a llorar.

Mi mamá me dijo que sostuviera un minuto su patito mientras la consolaba y le compraba otro helado. Justo en ese momento entró Bissa, la niña más presumida de mi escuela, y se fijó, por supuesto, en el ridículo patito de Lilú que yo tenía en las manos. Sentí unas ganas inmensas de que se abriera la tierra y me tragara. El cielo, antes azul y brillante, era ahora un hoyo

profundo, oscuro, con rayas de color gris, como la mala suerte. Bissa pasó a mi lado y alcancé a escuchar que decía algo sobre los bebés con una risita que tardé varios días en olvidar.

Más tarde, ya de regreso en casa, la abuela vino a verme y me regaló una tabla grande de corcho con muchos alfileres para poder clavar mi colección de insectos y mariposas, la cual aumentaba cada vez que iba a su casa. Y recuerdo perfectamente que ese día, también, llegó Liam Ria.

Vino en una caja un poco rota de cartón que estaba atada con unas cintas de plástico muy resistentes. Al frente, en una etiqueta blanca, grande y brillante con un diminuto avión dibujado en una esquina, decía: “Para la señorita Silena”. Me quedé viendo largo rato la envoltura con su etiqueta blanca.

Sólo una persona verdaderamente sabia puede entender que alguien que cumple nueve años es ya gente grande como para decirle “señorita”. Sólo una persona extraordinaria puede dibujar aviones tan lindos en la esquina del lado derecho de una etiqueta blanca. Y únicamente

alguien muy, pero muy inteligente, pudo haber enviado a Liam Ria: mi papá. Él no vive con nosotras porque siempre está de viaje, pero cada vez que es mi cumpleaños, aunque esté lejos, se acuerda de mí y manda algo. Y este año tocó la suerte de que me enviara a Liam.

Su verdadero nombre es Air Mail, o sea, “correo aéreo” en inglés, tal y como decía en su envoltura, pero para que tuviera algo de misterio, puse al revés su nombre: Liam Ria. Es un muñeco de trapo y también mi mejor amigo. Ya sé que a los nueve años no se pueden tener muñecos ni nada de eso. Por supuesto que lo sé. Por eso nunca juego con él enfrente de nadie ni cuento que lo tengo. Sólo a veces, cuando me siento un poco sola y el mundo se hace grande y me acuerdo que mi papá no está, entonces me gusta encerrarme en mi cuarto y hablar con él en nuestro idioma. Pero NO cualquier idioma. No. El nuestro es distinto. Tiene palabras que significan diferentes cosas. Por ejemplo:

parque es jardín,
jaula es escuela,

*pájaro es amigo,
pelota es mi hermana.*

Así que podemos decir:

Iré al parque después de salir de la jaula. Luego jugaré con un pájaro a aventar la pelota toda la tarde.

Es una manera magnífica para que la pequeña Lilú, la bolita de mamá, no se entere de las cosas que hacemos.

Una tarde empecé a escribirle recados a Liam Ria que él, a su vez, me contestaba.

Querido pájaro:

Me siento muy sola en mi jaula. No tengo pájaros con quienes jugar. Quisiera volar y pasarme el día entero en el aire.

La gallina.

Claro que “la gallina” era yo.

La respuesta no se hizo esperar.

Querida gallina:

Si quieres, yo puedo acompañarte a tu jaula todos los días y así ya tienes un pájaro con el cual silbar y volar por las mañanas.

¿Vale?

Entonces tomé entre mis manos a Liam Ria y lo vi directo a sus ojos verde limón que no se pueden cerrar. Toqué su pelo de estambre color zanahoria, suave como el pelo de mi gata, y le di un beso lento como el aire de la mañana en su mejilla de trapo. Luego lo pegué muy fuerte junto a mi pecho y por un momento sentí que mi corazón latía dentro de su cuerpo.

Pero no puedo llevarlo a la escuela. Sería ridículo. A nadie en mi salón se le ocurriría semejante cosa. Por eso le contesté:

Lo siento. Tengo que seguir sola.

La triste gallina.

Justo aquí cometí una terrible distracción: dejé el recado sobre la mesa del comedor. Ya pueden imaginarse lo que pasó: la pequeña

bolita de mamá lo encontró y, claro, le pidió a ella que se lo leyera. Desde ese día yo era para mi hermana “la tizte gallinita ledo-ledo”.

Por eso necesito un secreto. Uno mío.



más

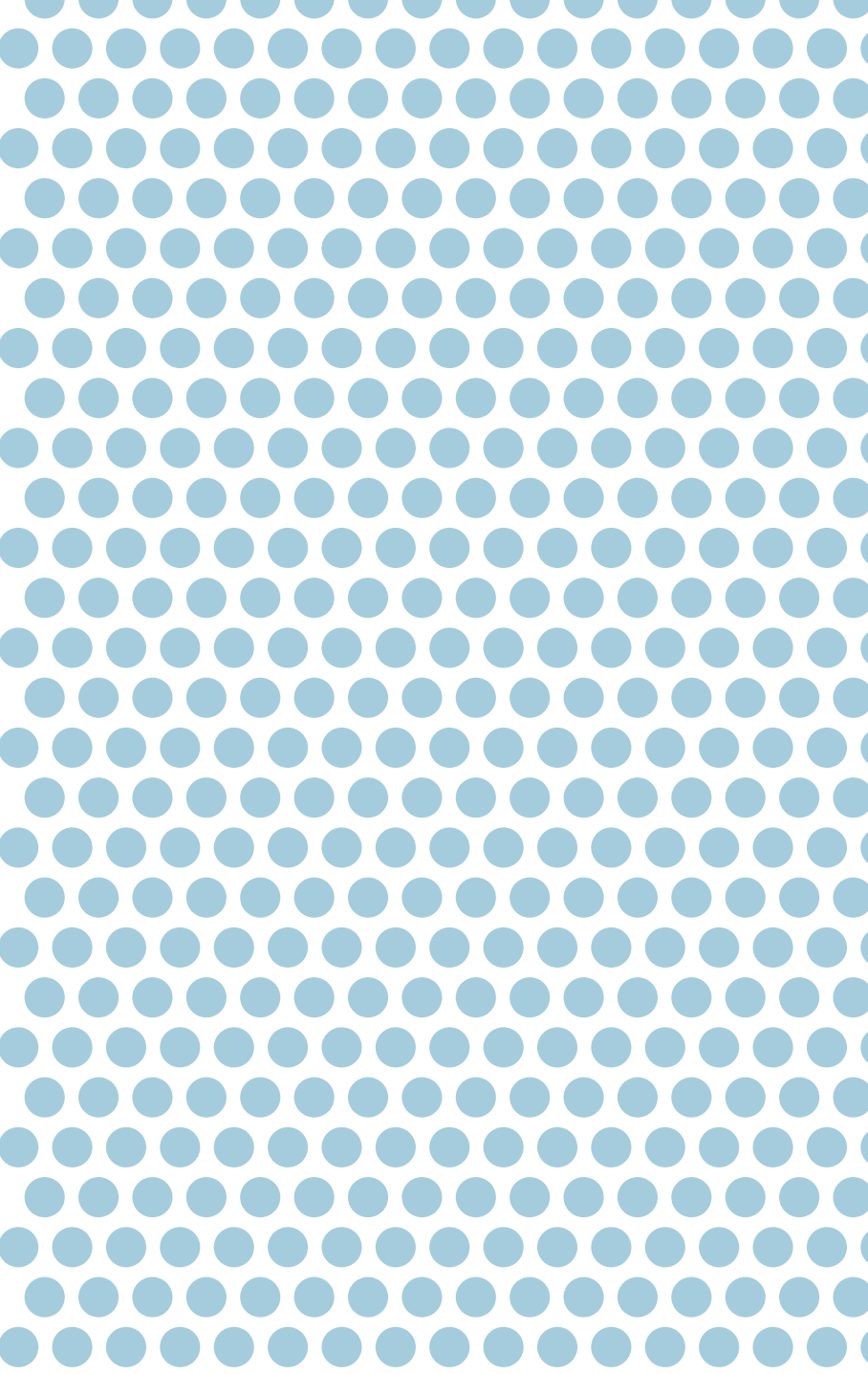
quiero

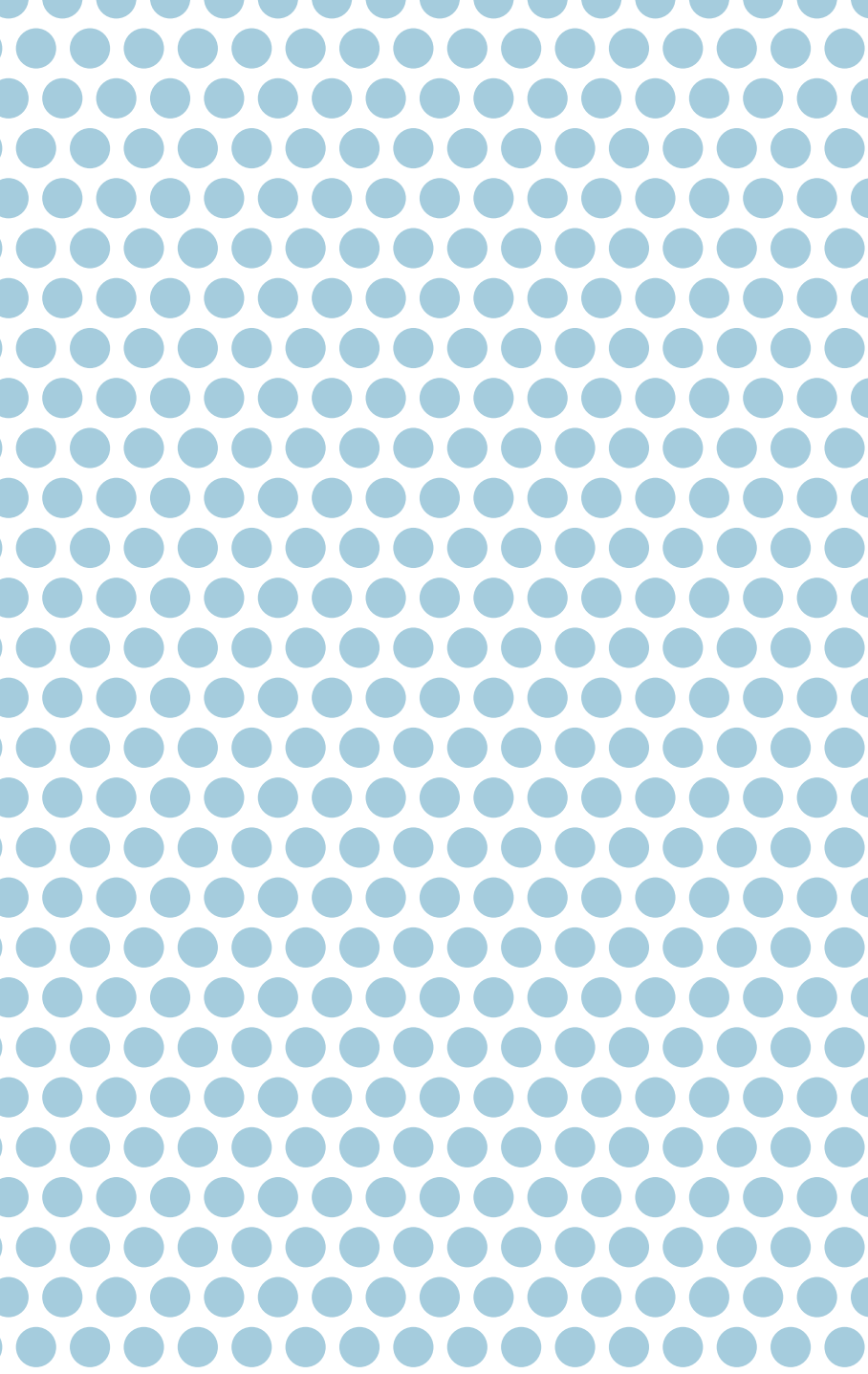
esperado

REINALDO
Después
echa la
mano a









7+



Silena acaba de recibir un **regalo especial** de parte de su abuela: se trata de una caja. Pero no es una caja cualquiera. En ella se pueden **guardar secretos**, para mantenerlos fuera del alcance de las hermanas pequeñas y de esos amigos chismosos.



Una novela que retrata cómo la **imaginación** es un aliado poderoso ante las ausencias **dolorosas** y las presencias **inesperadas**.



FANTASÍA



AVENTURA



AMISTAD